

## Capítulo 317 - Caos en el inframundo

Afrodita continuó aferrándose a la pierna de Virgilio como una gracia divina en un barco del infierno. Sus ojos brillaban y sus labios temblaban de adoración.

"Me tocó con su alma... y con ese brazo, ¡Dios mío! ¡Ese brazo demoníaco...! Fue como ser abrazado por toda la Vía Láctea, sólo que con gemidos"

Virgilio levantó la vista en busca de algún tipo de salvación... una grieta dimensional, un cometa desbocado, un mensaje urgente de Paimon y Zafiro para llevarlo a entrenar. Nada. Sólo el techo. Lo cual, honestamente, empezaba a parecer demasiado acogedor como para golpearle la cabeza.

Katharina comenzó a caminar hacia ellos con el andar típico de alguien a punto de cometer un crimen pasional. La alfombra levantó polvo bajo sus pies.

"Tú. Have. Tres. Segundos. ¡Para explicar por qué la santa zorra lubricante está pegada a tu fémur! Ella gritó, con los ojos brillando más que el martillo de un herrero celestial.

Roxanne cruzó los brazos y la sonrisa cínica regresó a sus labios. - ¿Sabes qué es peor? Ni siquiera son celos... es saber que ni siquiera en el maldito inframundo podemos descansar un día sin que una mujer caiga del cielo, de la tierra o de algún panteón exótico, directamente en la polla de nuestro hombre"

Ada, que ahora sostenía una espada de platino, una katana con una funda exótica que nunca había usado... pero... era nueva, nunca había sido usada y





nunca había sentido la sangre de nada ni de nadie. "¿Quieres que la despelleje primero?" ella dijo sonriendo.

Afrodita miró hacia arriba, profundamente ofendida. "¡Oye! Soy una DIOSA. No se puede simplemente romper una conexión divina como esa."

Viviane caminó tranquilamente, dejando el cesto de la ropa a un lado. Ella respiró profundamente.

"Afrodita, ¿verdad?" Dijo en un tono que mezclaba simpatía forzada con amenaza contenida. "Mira, querida mía... con el debido respeto a las fuerzas universales del deseo carnal, deja ir al otro hombre antes de que descubramos si una diosa griega sangra como un mortal." Viviane, que parecía un ángel, estaba cayendo lentamente en un demonio verdaderamente perverso.

Afrodita abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera soltar un verso erótico o una alegoría mitológica, Sepphirothy dio un paso adelante.



El suelo tembló.

El silencio en la habitación se intensificó como una presión atmosférica a punto de colapsar.

Inclinó ligeramente la cabeza y los ojos se fijaron en Afrodita. Cada palabra fue pronunciada con una calma tan mortal como una espada clavada en la garganta:

"Tienes diez segundos para soltar la pierna de mi hijo. El día once os desmembraré y usaré vuestros huesos para decorar mi chimenea."



Afrodita se congeló. Ella miró a Sepphirothy. Luego en el suelo. Luego a la pierna de Virgilio, como si recién ahora se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Ella no tenía miedo de los otros tres... Pero esta mujer... Era tan poderosa como Sapphire Agares... No, era... Más fuerte que Sapphire.

"...Está bien. Creo que el encanto del toque ultrapoderoso todavía estaba activo. Fue un... lapso espiritual." Ella lo dejó ir. Lentamente. Muy lentamente.

Vergil echó la pierna hacia atrás como si recuperara una preciosa posesión que había caído por el desagüe.

"Gracias", dijo con gran dignidad. "Eso... fue un error diplomático."

"Ah, un error diplomático", repitió Katharina, con la voz llena de sarcasmo como veneno de escorpión.

"La paz entre panteones es importante", respondió Virgilio, ya consciente de que cada sílaba era un clavo en el ataúd de su paz.

Viviane se aclaró la garganta con una calma amenazante que haría que hasta un arcángel se ahogara. "Afrodita. "Vete a casa."

Afrodita arregló su cabello despeinado con una dignidad completamente inventada, como si no se hubiera comportado como una fan obsesionada en un encuentro de K-pop.

"Lo siento... es solo que... "No sé cómo." Ella se encogió de hombros con una sonrisa culpable. "Quiero decir, ya sabes, ¿verdad? El inframundo no es exactamente mi territorio. No es como si tuviera un mapa aquí... o un billete de vuelta. Y estoy vivo, técnicamente. Ni siquiera sé cómo entré. ¡Pero estoy bien! Pero salir...esa es otra historia."





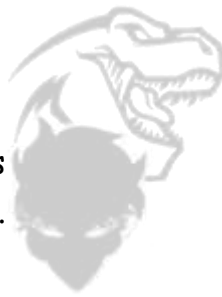
Ada levantó una ceja. Katharina dejó escapar un suspiro de dolor. Roxanne puso los ojos en blanco con la fuerza de un hechizo desterrador.

Virgilio se volvió bruscamente hacia Afrodita, con una expresión entre la indignación y el agotamiento.

"Espera. ¡¿Me agarraste sabiendo que te iba a teletransportar de regreso... al inframundo?! ¿Arriesgando tu vida?!"

"Oye, cariño, ¡cálmate!" Afrodita intentó acariciar la manga de su abrigo, pero él la esquivó como si estuviera hecha de lava. ¿Cómo iba a saber que ibas directo al inframundo? ¿Cuántas personas crees que pueden hacer eso así, plim? ¡Sin explotar?!"

Vergil miró lentamente alrededor de la habitación, mirando a cada una de las personas presentes: esposas, suegra, incluso el gato demoníaco de la esquina.



"Todos podemos hacerlo. Incluso las criadas pueden."

Afrodita parpadeó. Una, dos, tres veces. Se secó los ojos como si la realidad fuera borrosa.

"... ¿Qué pasa?"

El silencio fue más elocuente que mil palabras. Todos la miraban como si fuera la única niña que no se había dado cuenta de que la obra había terminado.



"...E-eh...cierto." Ella trató de recuperar su sonrisa. -Bueno, arriesgué mi vida. Un gesto puro. Amor a primera vista...o mejor dicho, al primer toque." Le dio a Vergil una mirada apasionada y completamente inapropiada.

-Entonces lo siento...pero no me voy. A menos que quieras una guerra. Contra un panteón. Con tragedia épica y todo." Ella dijo, sonriendo...

Virgilio cerró los ojos.

Respiró profundamente... y luego lo dejó salir en un suspiro largo y denso que parecía haber sido arrancado de lo más profundo de su alma. Un sonido pesado, como un trueno reprimido. Un suspiro que no era sólo cansancio—era el límite de la paciencia, el presagio de una tormenta.

Y entonces... la habitación tembló.

No físicamente—aún no. Pero la realidad parecía encogerse a su alrededor. El aire se hizo más espeso, más denso, como si cada partícula intentara escapar del centro de esa presencia.

El aura asesina de Virgilio comenzó a filtrarse como humo negro de un antiguo horno. No era un simple poder mágico. Fue pura intención. Intención de destruir. Triturar. Aniquilar. Un peso invisible que arrastraba los corazones de los presentes como si estuvieran sumergidos en plomo fundido.

La temperatura bajó. El suelo se agrietó bajo sus pies. La luz en la habitación parpadeaba como si la estructura misma del Inframundo estuviera vacilando —algo que no había hecho desde la última guerra entre los Primordiales.

Viviane fue la primera en flaquear.





Sus rodillas cedieron con un ruido sordo y sus ojos retrocedieron antes de que su cuerpo tocara el suelo. El cesto de la ropa se cayó con un ruido ridículamente normal, en contraste con la opresión sobrenatural que la rodeaba.

Ada, siempre tan centrada, tan fría, dio un paso atrás con los ojos muy abiertos... Pero en realidad no retrocedió. Ella simplemente... se desmayó. Como si su corazón hubiera olvidado por un momento cómo latir.

Katharina intentó resistirse. Sus ojos brillaban con la misma furia que antes, pero ante esa fuerza... parecía una vela ante un huracán. Su cuerpo cayó como si hubiera estado desconectado de la realidad.

Sólo Roxanne seguía de pie, con el cuerpo tenso como una cuerda a punto de romperse. Su mirada estaba fija en Vergil, sudando frío, sintiendo una presión tan brutal que sus huesos parecían estar a punto de agrietarse. Pero ella permaneció allí.



Por orgullo. Por costumbre.

Y porque necesitaba demostrar que era más fuerte que los otros tres que se habían rendido.

Sepphirothy observó en silencio. Inmóvil, como una estatua hecha de voluntad. Su aura no se elevó—no necesitaba hacerlo. Pero sus ojos dorados analizaron a su hijo como si considerara la posibilidad de intervenir. O de juzgarlo.

Afrodita, por el contrario, quedó paralizada. Literalmente. Ella no podía mover ni un solo músculo. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no de emoción—era puro pánico. Ella era una diosa. Una fuerza. Pero Virgilio... en ese momento... fue una calamidad.

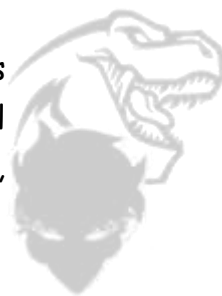
Y entonces, como si se diera cuenta del daño... Virgilio abrió los ojos. Alumnos incandescentes, cargados de algo casi primario.

Miró a las tres mujeres tendidas en el suelo, dormidas bajo la presión de su propia ira.

"..."Me excedí." Su voz era baja, apagada, como si despertara de un trance.

Con un gesto sencillo —pero lleno de cuidadosa delicadeza— levantó la mano. Su aura retrocedió como una ola negra succionada hacia el mar. El aire volvió a disminuir como un pulmón respirando.

Los cuerpos inconscientes de Viviane, Ada y Katharina fueron levantados suavemente del suelo por su telequinesis. Los colocó cuidadosamente en el sofá, incluso ajustando el cabello despeinado de Katharina con los dedos, antes de envolverlos a los tres en una ligera capa de energía calmante.



Dormirían profundamente. Seguro. Protegido.

Se quedó allí, mirándolos por un momento, como si el mundo entero se hubiera quedado en silencio ante ese simple gesto.

Roxanne se secó una gota de sudor de la frente.

"Eso fue... efectivo", murmuró, sin sarcasmo —solo precaución.

Sepphirothy respiró profundamente y finalmente habló, con la voz controlada: "Me alegro de que te amen. Porque si hubiera sido cualquier otra persona... eso habría sido una declaración de guerra."





Virgilio miró a Afrodita, que todavía temblaba como un cachorro abandonado en medio de una tormenta. "Espero que entiendas", dijo, toda la frialdad del Inframundo en su voz. "Eso fue sólo... el fin de mi paciencia."

"¡JAJAJAJAJA QUÉ INCREÍBLE INTENSIDAD ASESINA!!!" Un grito muy fuerte vino desde afuera antes de que la puerta explotara. "JAJAJAJAJA TE HAS VUELTO AÚN MÁS FUERTE JAJAJAJA." Apareció Zafiro... riendo como loco...

..."¿Ss-Zafiro?..." Afrodita tartamudeó varias veces, tantas veces que...

"¡BUENO BIEN BIEN!! ¡HAS CAMBIADO TANTO, MALDITA PERRA VIRGEN! Zafiro gritó, riendo, antes de acercarse a Afrodita y agarrarla por el cuello de la ropa que llevaba puesta y levantarla.

"Hm... cambió su perfume, su tono de piel, sus ojos, su cabello, el color de su cabello y el tamaño de su cuerpo, pero sigue siendo la misma maldita virgen de siempre. ¿Qué tan feo lo sabes? "Debería crecer", dijo riendo mientras analizaba a Afrodita.

Virgilio miró a Zafiro. "Deshazte de ella; te recompensaré." Habló de forma sencilla y directa.

Los ojos de Zafiro pasaron de verdes a casi dorados. "¡SÍ!" Y en un abrir y cerrar de ojos... ella se había ido.

